





Hallábase yo en Alemania cuando me sorprendió y me afectó la dolorosa nueva del atentado cometido en la calle de la Justicia...

Pero cuando me enteré del proceso y en su contenido me causó espanto. Lei con asombro el fallo del juez, y a cada paso que en su estudio daba, me asombraba más...

Hácese cargo de la presión que suele ejercer la opinión pública, pero que la desvirtúa en este lugar. Que no niega la importancia de esa opinión por punto general...

Mostró recelo de que la susceptibilidad del fiscal de S. M. pueda exigir que se tachen alguna de las palabras que pueda emplear...

Yo respeto, dice, a todas las personas que administran justicia, creo en su rectitud, pero acuso al que llega a estraviarse por celo excesivo...

Yo voy a penetrar en la defensa. Esta causa ha adolecido de un gran defecto, capital, esencial insuperable en el día de hoy...

de ser también muy peligroso en el terreno judicial. Al empezarse el proceso hubiera podido encontrarse a aclaración del misterio que hoy es ya tan cifrado...

Cayó herida doña Carlota Pereira por la mano de un hombre, cuya conducta no califico. Este hombre no podía ser el verdadero autor de la muerte...

Este pensamiento era legítimo hasta cierto punto; véase mi lealtad al hacer esta concesión. Aparecía alguien de quien pudiera decirse que hallaba utilidad en este hecho...

La doctrina del Ciprotest era aquí aplicada. Pero al buscar las relaciones debió tener presente el juez dos consideraciones: Primera, el Ciprotest no es prueba sino indicio...

Pero el juez dominado, preocupado con la idea del marido, no tuvo bastante moderación ni templanza, y voy a probar mi aserto.

Se ha investigado contra Gener y no se ha visto una cosa más clara que la luz del día que resalta del proceso.

En Madrid y Almería se ha dicho y se ha hablado mucho de un caballero que vino en compañía de Montero y Granados y se pagaba el viaje...

Es cierto que se dirá que el mismo que dio esta noticia en su declaración se desmintió después; pero cuando dijo la verdad ¿al asegurar o al negar? ¿Se podía depurar este?...

una y no se creyó necesario dirigir las investigaciones por aquel lado. Y sin embargo, yo voy a pronunciar su nombre y solo con pronunciarlo se verá cuán vasto horizonte se podía descubrir...

Examine la causa con detenimiento y se verán frecuentes pruebas de la hostilidad de la preocupación que se nota por todas partes contra Gener. Yo ruego al señor magistrado ponente que registre con detención las páginas del proceso y se convencerá de lo que digo...

Otro ejemplo: Se hacen preguntas a don Domingo Ribera, un abogado cuya declaración convenía por sus relaciones con doña Carlota. Este no se atreve a manifestar ciertas confidencias...

Se concibe que un hombre mata bárbaramente a una esposa, a una querida, en un arrebato de pasiones; pero no que envíe fría y cruelmente a un bravo de oficio para que ejecute el crimen...

Para matar de ese modo a una mujer es indispensable, no solo una gran crueldad de razón, sino que exista verdadera rivalidad entre la víctima y su verdugo...

Ahora bien, rivalidad, estorbo, son ideas que no pueden referirse a individuos de distinto sexo, que suponen por necesidad un hombre frente de otra mujer...

Podía entrar en los planes de Gener la idea de casarse? Ya ve V. E. que entro de lleno en la cuestión, que la abordo francamente, que no escuso ni lo más íntimo ni lo más delicado del debate...

Alguna ella debía ser la clave de este espinoso crimen. Pues bien: escritas mil páginas del proceso no ha corrido a nadie esta investigación...

Se interroga a Gener y este declara con lealtad lo que sabe; habla de cuatro casas de Almería; y el juez manda hacer averiguaciones, no en las cuatro casas como parece debía, sino acerca de una sola, la de Orozco...

De modo que lo que debió hacerse al principio se hizo tarde y mal; y tanto que hasta del despacho enviado a Almería para hacer estas averiguaciones se tuvo conocimiento allí dos días antes de enviárselo.

No hay pruebas, y este es un hecho confesado; lo dice la sentencia y lo dice el fiscal. No hay aquí pruebas, ni indicios. Hay, sí, una mano que mató; pero no hay relación entre la mano y la cabeza.

El Sr. Pacheco se estiendo en varias consideraciones acerca de las relaciones que pudieron existir entre Montero y Granados, y escita a que se prueben las relaciones que unen a los instrumentos y al mandatario...

COMUNICADO.

Señor Director de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. Muy señor nuestro: En el número 1533 de su periódico hemos leído un comunicado...

En efecto, no fueron cuatro sino cinco los que no firmaron y dos ausentes; pero no es exacto que el ramo esté dividido casi por mitad, porque cinco no es la mitad de veinte...

En materia de libertad la queremos sin límites en todo, hasta llegar a los de la licencia y el abuso; allí nos paramos.

Elementos, pues, de privación y de mortuorios, ninguno hemos solicitado para los docks, ninguno pretendimos ejercer...

Los señores Villante y Peñasco aunque no podamos comprender cómo al afro y a aduano hecho en un punto cómodo, a cambio, precavido de todo riesgo de pérdidas y averías...

Los señores Villante y Peñasco así lo han comprendido cuando, aprovechando la ventajosa oferta de los docks, han trasladado a ellos las mercancías que tenían en la antigua Aduana...

El Sr. Peñasco en persona, fue uno de los dos comisionados, apoderados por todos los docks de su ramo para entenderse con los docks...

Téngala o no, nos limitamos a lo dicho. Si esto no satisface a los señores comunicantes, entraremos en la cuestión de lleno, y sin añadir muchas reflexiones presentaremos números y hechos de cuya autenticidad y exactitud juzgará el público fácil y seguramente...

En la Bolsa de hoy quedaron el consolidado a 50-60 y la diferida a 45-10.

FONDOS PÚBLICOS.

En la Bolsa de hoy quedaron el consolidado a 50-60 y la diferida a 45-10.

los había hablado también en Ostma. Hallábase entre mis protectores y colegas, el sargento primero Collette, de Bruselas, y un sargento de Liege, llam. de Dequé, que me llam. ha riendo su hijo; y de hecho, me tenía un afecto tan sincero y profundo...

Redeado de tan excelentes amigos, no me apercibí del paso de la vida civil a la militar, sino por la independencia absoluta de que gozábamos. Los voluntarios sin enganche que formaban la inmensa mayoría de nuestro regimiento, mostraban la mayor repugnancia a toda clase de subordinación...

Los voluntarios que habían tomado de su general el nombre de cazadores de Neillon, permanecieron quietos en Tarnhout y aldeas vecinas, hasta fines del mes de diciembre. A esta época nos pusimos en camino; con un tiempo nevoso, hacia Linsbourg, para esperar allí al enemigo, que según se decía, intentaba ocupar con algunas tropas procedentes de la fortaleza de Maestricht...

Fuere lo que quisiera, cerca del anochecer nos detuvimos en una inmensa llanura cubierta con un pie de nieve lo menos. El viento soplabá del Este, y era tan glacial, que para que no se nos helaran las orejas, nos las cubríamos con las manos.

Dios nos orden de vivaquear allí aquella noche, que era lo mismo que decir que podíamos echarnos en la nieve, si no preferíamos entrar en calor hasta la mañana siguiente, dando patadas en el suelo o golpeándonos el cuerpo con las manos, cosa que nos

sorprendió sobremedura. Yo, por mas que hice, no pude descubrir alrededor de mí mas que una inmensa llanura, cuya monotonía blanca fatigaba la vista. Solo a un cuarto de legua se limitaba el horizonte por unos bosques de abetos, dividiéndose detrás de él, y como a una legua lo menos, el campanario de una aldea; era Balen, situado en la frontera de la provincia de Linsbourg.

No habíamos comido nada desde nuestra salida de Tarnhout. Como desde el momento de la revolución, los belgas habían estado siempre acuartelados en las casas de los ciudadanos o aldeanos, el servicio de viveres no estaba aun organizado en el ejército, y en su consecuencia teníamos en perspectiva un ayuno forzado. Tan pronto como comprendieron nuestra situación los mas atrevidos, descubrieron un medio de proveerse de lumbre y de provisiones. Organizáronse partidas para ir a buscar leña en un vivero cercado, y apenas se había pasado media hora, cuando volaban al vivac centenares de hombres trayendo cada uno un abeto a ramaque. Encendiéndose una hoguera por compañía, que tomando incremento gradualmente, lanzó hacia el cielo sus llamas, aun antes de que la noche cubriera los zarzales.

Aquella noche primera de vivac, hizo en mí una profunda impresion; olvidadome del frío pasaba muchas horas contemplando con mirada admiración, el extraño y fantástico espectáculo que se desplegaba a mi vista. Diez y ocho hogueras, elevándose en los aires del centro de los abetos amontonados, se extendían en línea por el llano, formando una purpura el cielo que se hallaba sobre nuestras cabezas; la nieve misma parecía incendiarse, mientras que las llamas ondeaban caprichosamente; los ardientes reflejos de una luz enrojada oscilaban sobre los zarzales, ora con el resplandor azulado del relámpago, ora con tonos leonados y rojizos, imaginándose uno ver a las olas impetuosas de un mar de fuego, invadir la llanura adormecida bajo la nieve. A cada oscilación parecía agitarse un enjambre de demonios alrededor del fuego, destacándose los voluntarios como sombras negras sobre un fondo encarnado, yendo, viniendo, echando nuevos árboles a la hoguera o avivándola sacudiendo violentamente los troncos ya quemados. Entonces subían al cielo y se extendían por el campo como un inmenso fuego artificial, nubes de abrasadoras chispas, y en medio del silencio monótono que reinaba en el llano, se oía el chasquido de los abetos que devoraban las llamas como si fueran delgadas ramillas. Entre aquel ruido dominante, se sentía a intervalos la voz de los voluntarios llamándose unos a otros, oyéndose tam-

bien algunas veces a lo lejos el estruendo: ¡Marchemos adelante! El grito angustioso de un perro que se degollaba, se mezclaba a los quejumbrosos mugidos de una vaca robada por nuestros merodeadores o proveedores en algún lugar lejano.

A mi lado fué sacrificado a sablazos un ternero y despedazado en un instante. Un sargento me puso en la mano un trozo de carne, y siguiendo el ejemplo de mis camaradas le puse a tostar junto a la gigantesca hoguera. Obligándonos la fuerza del fuego a permanecer a alguna distancia de él, poníamos la carne en la punta de la bayoneta y la sosteníamos en alto sobre la llama. Cuando estaba bastante tostada la superficie exterior, la rompíamos a dentelladas, y enseguida repetíamos la misma operación hasta que no quedaba nada.

Permanecimos en pie casi toda la noche; pero hacia la mañana fuimos asaltados de un irresistible sueño. Muchos de nosotros se estendieron a cuatro o cinco pasos del fuego, en el suelo helado, y se durmieron allí tan perfectamente como si hubieran estado en un magnífico colchón de pluma.

Yo no tenía mas que mi blusa de tela sobre una delgada chaqueta de paño negro, y abrido por el frío, miraba alrededor de mí. Mi cara y pecho quemaban, gracias al ardor del fuego, pero mi espalda espuesta a la violencia del viento del Este, estaba por decirlo así helada. Poco a poco se me fué poniendo pasada la cabeza, y echándome en el suelo, continué mirando las llamas por algunos momentos, cayendo al fin en un profundo sueño. Cuando, dos horas mas tarde, me desperté y quise levantarme, me fué imposible. Habían dejado que se extinguiera el fuego; y el agua que había producido la fusión de la nieve, se congejó debajo de mí, teniendo que romper el hielo con el sable para despejar mi blusa del hielo y que pudiera ponerme de pie. Tiraba de frío; mis miembros estaban entumecidos; estaba pálido como la muerte y enteramente anonadado. Permanecimos así acampados en la nieve alrededor de las hogueras, sin mas viveres que los que nos proporcionamos por espacio de tres días con sus noches. Desde el segundo día, el extraño espectáculo que he descrito había perdido para mí todo su atractivo; mis movimientos eran lentos y sentía como los síntomas precursores de una enfermedad. Mis amigos de la compañía se apercibieron de ello, y prodigaron al furriolito los cuidados mas afectuosos, trayéndome hasta un haz de heno para que me sirviera de cama.

Al tercer día, mi estado empeoró. Estaba agazapado detrás de los troncos de abetos que se habían colocado como barrera contra

el viento, y pensaba en mi padre, en la vida que tenía en la ermita, en mi hermano, en todo lo que amaba en la tierra...

El sargento Dequé, mi excelente protector, quiso llevarme al médico del regimiento para que diera orden de que me enviaran acuartelado a Balen; pero mi altanería se resistió tanto a la idea de ceder a una prueba a que resistían la mayor parte de mis compañeros, que la vergüenza de parecer tan débil me hizo sufrir mas aun que mi indisposición. Me había creído un hombre, y sucumbía como un niño al frío y la privación del alimento acostumbrado. Lúste a mis amigos para que no se inquietaran por mí, y les dije que el malestar que experimentaba no tardaría en pasarse, haciéndoles otras mil protestas, últimas tentativas de la lucha contra un mal que debía acabar por triunfar de mí.

Por la tarde llegaron por fin al vivac carros cargados de viveres, y fui llamado como furriel para que acompañase a los que debían descargarlos. A pesar de la calentura que me obligaba a dar espantosos tritones pudiendo apenas tenerme en pie, a pesar del horrible color de cabeza que sufría, di dos pasos al frente y me presenté dispuesto a llenar mi servicio; pero el capitán Smith no quiso permitirlo, y corrió él mismo a buscar al médico del batallón. Dióme una vóleta con la que debía trasladarme a Balen, y el burgomaestre, a su presentador, me daría alojamiento en una casa del pueblo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al leer en la fisonomía de mis amigos la profunda conmiseración que les causaba mi triste estado. Los sargentos Collette y Dequé me obligaron a aceptar algún dinero; un cabo de Verviers, llamado Fabry, metió en mi saco un pedazo de tocino ahumado, diciéndome que como no encontraría nada en una legua a la redonda, algo de comida podría serme de mucha utilidad.

Colmado de votos por mi pronto restablecimiento y de mil pruebas de amistad, me puse en camino para el pueblo de Balen. Caminaba despacio y descensaba muchas veces, y me hallé al fin tan abatido por la languidez y los estremecimientos de la calentura, que mis dedos se helaban, por decirlo así, sobre el fusil, sin tener fuerza para echar el porta-fusil a la espalda.

Era ya de noche cuando logré llegar al pueblo de Balen, arrastrándome penosamente. Las casas estaban cerradas y no vi un alma en las calles; solamente se encontraban algunos voluntarios que se habían escapado del vivac y andaban rodando a la aventura, dando gritos y llamando a las puertas con la culata del fusil para que los abrieran. Uno de ellos me indicó la casa del bur-

los había hablado también en Ostma. Hallábase entre mis protectores y colegas, el sargento primero Collette, de Bruselas, y un sargento de Liege, llam. de Dequé, que me llam. ha riendo su hijo; y de hecho, me tenía un afecto tan sincero y profundo...

Redeado de tan excelentes amigos, no me apercibí del paso de la vida civil a la militar, sino por la independencia absoluta de que gozábamos. Los voluntarios sin enganche que formaban la inmensa mayoría de nuestro regimiento, mostraban la mayor repugnancia a toda clase de subordinación...

Los voluntarios que habían tomado de su general el nombre de cazadores de Neillon, permanecieron quietos en Tarnhout y aldeas vecinas, hasta fines del mes de diciembre. A esta época nos pusimos en camino; con un tiempo nevoso, hacia Linsbourg, para esperar allí al enemigo, que según se decía, intentaba ocupar con algunas tropas procedentes de la fortaleza de Maestricht...

Fuere lo que quisiera, cerca del anochecer nos detuvimos en una inmensa llanura cubierta con un pie de nieve lo menos. El viento soplabá del Este, y era tan glacial, que para que no se nos helaran las orejas, nos las cubríamos con las manos.

Dios nos orden de vivaquear allí aquella noche, que era lo mismo que decir que podíamos echarnos en la nieve, si no preferíamos entrar en calor hasta la mañana siguiente, dando patadas en el suelo o golpeándonos el cuerpo con las manos, cosa que nos

sorprendió sobremedura. Yo, por mas que hice, no pude descubrir alrededor de mí mas que una inmensa llanura, cuya monotonía blanca fatigaba la vista. Solo a un cuarto de legua se limitaba el horizonte por unos bosques de abetos, dividiéndose detrás de él, y como a una legua lo menos, el campanario de una aldea; era Balen, situado en la frontera de la provincia de Linsbourg.

DIARIO DE MADRID.

Sereno de mañana.—San Remigio, ob. Orden de la Plaza.—Servicio por el día 1.º.—Parada: Biza y Las Navas. Jefe de la guardia exterior del real Palacio coronel teniente coronel de Las Navas don José de Salcedo y González.—Jefe de señor comandante capitán de Cuencas Vicente Ponce.—Visita de hospital: San Fernando.—El general gobernador, Sr. del Castillo.

ESPECTACULOS PARA MAÑANA.

Teatro Real.—A las 8 1/2.—N.º 1.º.—Principios.—A las 8.—El so. corra de los mantos.—Bailo.—La sociedad de los trece.—Bille. Circo.—A las 8 1/2.—La Sirena. Zarzuela.—A las 8 1/2.—Los Isla de San Balanran.—En las astas del toro.—Armas iguales. Novedades.—A las 8.—Amar sin dejarse amar.—Los hermanos Rizzarelli se presentarán a ejecutar la gran percha monstruo. Las citas a media noche.—Los hermanos Rizzarelli ejecutan la escalera aérea.—Bailo. Lopo de Vega.—A las 8 1/2.—El perro del hortelano.—Huyendo del peregril. Circo de Ponce.—A las 8 1/2.—Gran función de ejercicios ecuestres y gimnásticos.

ANUNCIOS.

LIQUIDACION.

Se necesitan dos o tres huesos que se avengan a estar reolidos. Dará razón el zapatero del portal, calle de Panaderos núm. 10. CLASES PREPARATORIAS PARA las carreras especiales y colegio de primera enseñanza elemental y superior. Calle de Jacometrezo, núm. 2, cuarto segundo. JUGUETES.—ESTRELLA DEL NORTE, calle del Carmen, núm. 24. El despacho solo dura hasta las nueve en punto de la noche. REVOLVERS.—GRAN BAZAR, PRECIO 200 rs. Calle de Carretas, 16, 2.º. CASA DE CAMBIO, CALLE DEL CARMEN núm. 26. Se cambian monedas y billetes del reino y del extranjero. Descuento de cupones. Compra de toda clase de papel del Estado. EL ACREDITADO ESTABLECIMIENTO de J. Antonio Periquet, que estaba en la calle de Carretas, núm. 4, se ha trasladado a la de Espoz y Mina, núm. 38, donde se sigue vendiendo todo lo necesario para la limpieza y aseo de carruajes y caballo: todo con la mayor equidad, (se hacen envíos a provincias). VENTA DE TIERRAS.—SE VENDEN en pública, pero estrañudicial subasta, doscientas noventa y ocho fanegas once ce-

lmines de tierra, sitas en término de la villa de Paría y Desp. blado de Humanejos, en esta provincia. El remate se celebrará el sábado 4 del próximo mes de octubre a las doce de la mañana en el estudio del notario de este colegio, doctor D. Mariano García Sancha, calle de Felipe III, antes de Boteros, núm. 8, cuarto segundo, en cuyo local estará de manifiesto el pliego de condiciones bajo que ha de verificarse, todos los días no feriados de diez a dos de la tarde. Madrid 11 de setiembre de 1862.

EL ARGO IRIS.—COMPRA A LOS señores altos precios de plaza toda clase de papel del Estado, descuento de cupones vencidos y por vencer. Frente a la deuda pública, calle de la Salud, núm. 5, principal izquierda. EL PROFESOR D. FEDERICO STENEGEL, da lecciones de alemán, francés e inglés; de canto, piano y armenio. Barco, 22, bajo. DOÑA POLONIA SANZ, PRIMERA DENTISTA de cámara y del príncipe Muley-el-Abbas, se ha trasladado a la Puerta del Sol; su entrada, Arenal, núm. 1 y 3; lo que hace saber a sus numerosos parroquianos, advirtiéndole que no ha subido los precios, ni en las operaciones ni en las dentaduras.

SOCIEDAD VINICOLA EN ESPAÑA.—Depósito central, los Docks de Madrid. Las personas que deseen adquirir vinos de esta sociedad, blancos y tintos, pueden dirigirse sus pedidos a la calle de la Montera, número 28, principal, donde se inscribirán sus nombres. A fin de evitar toda falsificación, se advierte que tanto los barriles como las botellas, llevarán el nombre del Eacmo, señor marqués de Benemiguel, que es la garantía de su legitimidad. HISTORIA DE ESPAÑA, POR DON Antonio Cabello, de las reales academias de la Historia y de ciencias morales y políticas. La obra constará de 6 tomos en 4.º y Van publicados tres tomos y está en prensa el 4.º. Sigue abierta la suscripción a 25 rs. tomo, en la librería de Sanchez, calle de Carretas, núm. 21. LAS MISAS QUE SE CELEBRAN MAÑANA 1.º de octubre en la iglesia del Carmen Calzado por los sacerdotes de la misma serán aplicadas por el alma de la señora doña Benigna Cassius y Llamas (q. e. p. d.). El viudo D. Carlos Vazquez Clavela, gen. til hombre de S. M., suplica a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios. IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. Editor D. Hilarión de Zúñiga.

LUTERIA MODERNA.

EXTRACCION DE HOY.

Números tomados al o. lo.

Table with 2 columns: Con 81,000 duros, Aproximaciones con 500, Con 20,000, Aproximaciones con 310, Con 12,000, Con 6,000, Con 3,000.

Con 1,000 duros.

Table with 2 columns: 4 983, 13 810, 4 804, 2 006, 14 978.

Con 500 duros.

Table with 2 columns: 43 442, 442, 12 484, 17 624, 9 097, 15 518, 19 978.

Con 400 duros.

Table with 2 columns: 11 203, 11 087, 460, 12 090, 19 925, 9 727, 13 577, 16 477, 4 216.

Con 140 duros.

Table with 2 columns: 10 701, 10 964, 9 366, 17 155, 7 552, 4 930, 9 239, 14 013, 12 344, 41 613, 7 147, 49 254, 12 265, 8 383, 6 574, 13 594, 12 345, 11 926, 44 624, 1 957, 12 082, 10 743, 10 974.

Con 140 duros.

Table with 2 columns: 3 419, 10 414, 16 906, 18 523, 12 963, 10 317, 15 902, 4 326, 9 234, 13 589, 17 328, 13 518, 14 619, 8 993, 13 638, 16 797, 12 204, 17 007, 4 470, 17 445, 4 026, 18 850, 5 625, 19 028, 15 618, 11 822, 7 688, 432, 9 237, 4 494, 8 707, 4 604, 15 606, 1 326, 419.

Con 140 duros.

Table with 2 columns: 14 492, 18 874, 6 245, 18 596, 17 826, 18 343, 10 817, 10 250, 9 438, 18 509, 9 313, 19 414, 14 309, 15 046, 4 682, 13 628, 8 900, 9 511, 16 794, 18 045, 11 263, 11 457, 12 799, 8 917, 19 229, 6 691, 2 249, 3 311, 16 450, 8 762, 7 303, 4 663, 16 734, 16 632, 9 891.

Con 140 duros.

Table with 2 columns: 395, 6 324, 14 828, 40 823, 5 415, 17 076, 9 328, 19 913, 8 916, 15 799, 4 835, 8 966, 45 600, 10 341, 3 319, 4 048, 2 243, 5 178, 14 628, 3 064, 15 505, 4 873, 489, 4 549, 8 215, 13 625, 48 231, 5 595, 4 864, 12 651, 5 920.

gon-aestre, y aun cuando llamé a ella, fué en vano, porque nadie salió a abrirme. Por fin me respondieron desde una alta ventana y me dijeron que no había ya alojamiento en el pueblo, y que además el general mismo había prohibido se albergase en él un solo heiga. Por un momento quedé anonadado, y quizá me hubiera sentado en el umbral de la puerta del burgomaestre, pero habiéndome disminuido la calentura y el dolor de cabeza, mi estómago me acusaba hambre. Sobrescitado por la necesidad, llamé sucesivamente a la puerta de las casas donde veía luz, y en la mayor parte no me respondieron; las otras estaban llenas de voluntarios que juraban y reañegaban asegurando no permitirían entrar alma viviente. La desesperación se apoderó de mi corazón. Agotadas las fuerzas, conjunto de fatiga y casi muerte de hambre fui hasta las últimas casas del pueblo, pidiendo en todas partes en vano me dejasen entrar... Me faltaba completamente la energía necesaria para romper una puerta y obligar a las gentes a que me recibieran. De repente descubrí a lo lejos en el campo una lucecilla! Quizá cause risa, pero como en los cuentos populares de Flandas, aquella lucecita brilló a mis ojos como la estrella de la esperanza. Diríjeme derecho a ella, y la alcancé cinco ó seis veces antes de lo que había creído. Era una chochita de arcilla construida a la orilla del camino de Ro-lar. Llamé y me abrieron al instante. Sus habitantes soltaron un grito de espanto cuando me vieron entrar con el fusil en la mano, y me dijeron con voz acongojada que no pesaban nada. Los habían cogido sus gallinas y su única cabra, habiéndose llevado los belgas hasta el último bocado de pan. Dijelas que estaba enfermo; conté en pocas palabras cómo había implorado en vano un albergue donde pasar la noche en el pueblo, y acabé por suplicarles me diesen un rincón en la cabaña hasta la mañana del siguiente día. Mi juventud y el acento lastimero de mi voz conmovieron a las buenas gentes, y me señalaron una silla que había junto al fuego oculto con la ceniza, me ayudaron todos a quitarme de los hombros el aseo que llevaba, y me dijeron, prodigándome muestras de simpatía y compasión que su casita entera estaba a mi disposición. Díjeme que no tenían cama; pero que había heno en el establo de la cabra, y el amo de la vivienda procuraría no tuviera frío. En la casa no había otros viveres que un pan negro de centeno que habían podido sustraer a las pesquisas de los voluntarios; pero que podía tomar de él cuanto quisiera. Los habitantes de la cabaña eran un cam-

pensino, su mujer y su hija que podría tener unos diez y siete años; lamentábase en alta voz del pobre belga y me contemplaba con tan afectuosa piedad, que su dulce mirada bastó a derramar el consuelo en mi corazón, disipando mi abatimiento. Quise dar dinero a aquellas gentes; pero el hombre y la mujer rechazaron mi oferta diciéndome que si podían procurarme alguna cosa que me fuese útil con la suma que les ofrecía, la aceptarían; pero que era imposible hallar nada en la comarca ni por oro, ni por plata. Entonces me acordé de que el cabo Fabry había metido en mi saco un pedazo de cerdo y me apresuré a cortar una rebanada; púsose la sartén al fuego, y pocos instantes después, estaba a la mesa con mis nuevos huéspedes. Hablé de mis padres, de mi vida anterior y de mi desgracia en el vivac, y antes de irme a entregarme al reposo, eramos todos cuatro tan buenos amigos, y nos apreciábamos tanto, como si desde mi infancia, hubiese formado parte de la familia. El hombre me condujo al establo, abrió un hueco en el heno, me hizo acostar allí, me puso sobre el cuerpo y los pies una buena cubierta de heno, y se despidió deseándome buena noche. Bien pronto penetré en mis miembros un dulce calor, y con él una nueva vida reanimó mi corazón. Me parecía que un rey, echado en el mas mullido plumon, no podía gustar un reposo tan perfecto; y tan reparador como el pobre soldado, tendido en el heno hospitalario de un humilde establo. Lleno de vivo reconocimiento, di gracias a Dios por su bondad, y mecido en mil gozosos pensamientos, caí en un sueño voluptuoso. No me llamaron por la mañana, y cuando me desperté por mi mismo, era ya bien entrado el día. Cuando bajé, encontré el café sobre la mesa y a aquellas buenas gentes que me esperaban para desayunarnos. Mi mirada se fijó en la joven niña y ella me dirigió una sonrisa tan candida y afectuosa, que bajé la cabeza y sentí ruborizarse mi frente. Hacia el medio día vino un oficial con un grueso destacamento para registrar todas las casas y llevar los voluntarios al vivac. La boleta del médico me libró de la espulsión, y aun cuando la fiebre volvió a acometirme al principio de la noche, no fué con tanta intensidad, habiendo quedado completamente curado a los tres accesos que me dieron y que fueron siempre disminuyendo gradualmente. Permanecí cerca de diez días en la choza, las mas veces sentado junto al hogar, bajo el vasar de la chimenea, y aborté en una

un-maduro-examen? Pues bien, vé a batirte por tu país. La vida de soldado tal vez te convenga y mate en tu cerebro los vanos sueños que te impiden ser hombre. Ven conmigo, voy a comprarte una blusa y un sombrero de policía, para que te parezcas al menos en eso a tus camaradas. Esta vez obró con dulzura mi padre conmigo; me compró una blusa de tela fina, guarnecida de vivos encarnados; un buen sombrero de policía y un cinturón de charol. Mientras estaban ocupados en la plaza Verde, en formar las nuevas compañías, yo me paseaba a lo ancho y largo con mi padre. Me explicaba lo que era la vida de soldado y se esforzaba en prevenir de antemano las mil contrariedades que encontraría, diciéndome entre otras cosas: Ten en cuenta que caracteres como el tuyo no se han hecho para la vida militar; tu eres demasiado sensible. Una buena palabra te contenta; pero también una palabra dura te hace profundamente desgraciado. Si tienes algun disgusto, das mil vueltas a lo que te ha desagradado, en tu cabeza, por mucho tiempo, y merced a tus ilusiones quiméricas lo exajerarás todo. Es necesario que dejes esa mala costumbre y participes de la aparente rudeza que hallaras en tus camaradas y superiores. Persuádetete de antemano de que soldados y oficiales recurren a las palabras mas enérgicas para expresar las cosas mas comunes. Si pierdes esto de vista, de diez veces una te creerás herido y humillado, y te harás cabiloso y triste. Tiempo es de que seas hombre, puesto que quieres obrar como tal. Un redoble cortó los sabios consejos de mi padre; los voluntarios iban a marchar. Cuando mi padre me estrechó entre sus brazos en el momento de la partida, me dijo aun: Enrique, acuérdate siempre de este proverbio: «Cada uno es hijo de sus obras.» Desde este momento tu suerte está en tus manos; tu porvenir será el que tu mismo te crees. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas; lloraba y sollozaba y no sentí, por decirlo así, su último apretón de manos. La idea de seguirle y renunciar a la vida militar surgió en mi; pero los tambores empezaron a tocar, y vi a las compañías empezarse a ordenar para la partida. Con las mejillas húmedas aun por las lágrimas, corrí a mi puesto, y un instante después estaba en camino para la frontera.

allí a verme, con el objeto sin duda de contentarme la benévola protección de mis jefes. Estuvo largo tiempo con el capitán de mi compañía, que era francés, habló probablemente con él del tiempo de Napoleón, de los heroicos hechos de armas de los ejércitos franceses y de los desastres de la marina imperial, porque cuando volví a Ostma- lle de haber acompañado a mi padre a alguna distancia, el capitán me tocó amistosamente en el hombro y me dijo: —Vuestro padre ha servido con el gran hombre; es un viejo lobo marino que ha vertido su sangre por la patria. Esto basta para que favorezca a su hijo siempre que pueda; el bravo hombre no necesitaba haberme hecho tan eficaces recomendaciones. Os hago cabo y mas adelante veremos lo que puedo hacer por vos. Entré tanto, tratad de haceros soldado, y sobre todo no os desaniméis; yo tendré siempre presentes las palabras de vuestro padre y haré por vos cuanto dependa de mí. Seis semanas después (30 de noviembre de 1830), estando en Turnhout, fui nombrado furriel, y los honores de sargento que iban anejos a mi empleo, resonaron en mi oído como el feliz presagio de una brillante carrera. Escribí a mi padre y daba gracias a Dios no solo de haberme inspirado la idea de sea soldado, sino de haber concedido la resolución necesaria para ejecutar mi proyecto. Si me hallaba tan satisfecho entre mis rudos compañeros, y si no tenía que sufrir demasiadas humillaciones, lo debía al oficial que mandaba mi compañía. Llamábase Smith, y decía haber entrado en el servicio a los diez y seis años en la guardia joven de Napoleón. Era alto; bien formado, hábil en el arte de la esgrima, tanto en el sable como en la espada, delicado en puntos de honor, valeroso hasta la extravagancia y de un carácter alegre y cariñoso, que le hacía ser muy decidior. Además de esto tenía un excelente corazón y era incapaz de hacer mal a nadie, fuera quien fuera, ó de apesadumbar a nadie con intencion. En una palabra era el verdadero tipo del soldado francés; tal como la poesía nos lo pinta siempre y la realidad nos lo presenta algunas veces. Habíame tomado visiblemente bajo su protección, y velaba con una solicitud paternal y un verdadero afecto, por su furrielito; como me llamaba siempre. A él debí mi rápido ascenso a este grado. Mis camaradas los sargentos de la tercera compañía del tercer batallón de cazadores de Niellon, eran tambien buenos muchachos; y se hubiera dicho, al ver su conducta hacia mí, que se habían armado para evitar a su furrielito cualquiera malaventura. Mi padre

MEMORIAS DE LA JUVENTUD. 15